

Freud y las Vicisitudes de una Sociedad Psicoanalítica(*)

María P. Manhães, Adolpho Hoirisch

(Río de Janeiro)

Descriptor: INSTITUCION PSICOANALITICA / GRUPO / PADRE / FANTASIA.

***“Y nunca más se alzó en Israel
profeta alguno como Moisés...”
Deuteronomio - 34,10***

Es para nosotros motivo de grata satisfacción introducir de alguna manera a la interpretación de ciertas fantasías que, sin lugar a duda, existieron en Sigmund Freud. Nos referimos a las formulaciones relacionadas con el destino de su descubrimiento frente a la imperiosa necesidad de asegurar la creación y el mantenimiento del movimiento psicoanalítico. Hay en la obra freudiana pensamientos emanados de un estudio profundo y dinámico, tanto del individuo en sí, como de la vida grupal, y que constituyen verdaderas sugerencias para su adopción por las sociedades psicoanalíticas. Vale decir: ideas acerca de cómo orientar y regir una institución normativa.

La inexorabilidad del tiempo, con la consiguiente limitación de la capacidad humana, entre otros factores, no le permitió desarrollar como lo hubiera deseado este importante capítulo. Sin embargo, dejó claramente sentada esta preocupación al señalar, en “Moisés y la religión monoteísta”, que es “imposible negar la influencia de los grandes hombres en la historia del mundo”. Freud sabía que estas conclusiones surgen de la experiencia y son a la vez frutos del proceso de maduración. Lo vemos, así, lamentar, un poco más adelante, que “un estudio de esta índole, continuación de mi trabajo, completaría los problemas que, hace 25 años planteé en «Tótem y tabú», pero va no me siento con fuerzas para esta tarea”.

Nuestro trabajo constituye un homenaje y aprovechamos la oportunidad no sólo para reverenciar, en la figura de Freud, sus contribuciones en el terreno de la ciencia, sino también para demostrar —lo que juzgamos muy importante— el respeto y la consideración que debemos a nuestros mayores.

Deseamos retribuir un poco de lo mucho que recibimos. Mostrar al menos claramente el interés y la preocupación que sentimos, como psicoanalistas, por velar y

* Presentado el 22/IX/69 en la Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro, en ocasión del 30º aniversario de la muerte de Freud.

preservar el patrimonio cultural que recibimos en nuestra formación.

El propósito de nuestro trabajo fue, al comienzo, poco ambicioso. Sin embargo, a medida que profundizábamos, consultando la bibliografía, pudimos percibir el enorme camino que tendríamos que recorrer. Al darnos cuenta de ello, comprendimos la imposibilidad de transitarlo íntegramente, pero tampoco podíamos detenernos. Hicimos lo que pudimos y, citando a Dante, sólo nos resta decir: "Tutto fu ambito, tutto fu tentado, quel che non fu fatto lo sognai".

Tomando como ejemplo la formulación hipotética "si Moisés fuese egipcio", partimos de otra: si Moisés fuese Freud.

Especulando en torno a las obras de Freud aplicadas a la antropología y a la sociología, o, más aún, cotejando la época en que escribió cada trabajo y el momento histórico del psicoanálisis, afloraron una serie de aspectos interesantes. Se acumuló, en fin, tal cantidad de material que la tarea más difícil fue el resumirlo y ordenarlo.

Intentaremos analizar cómo visualizó Freud el futuro del psicoanálisis en el momento en que surgían las dificultades en las relaciones multipersonales, dentro de las sociedades psicoanalíticas. Freud no encaró el tema en forma explícita, pero sus estudios sobre grupos encierran ciertos contenidos latentes en estrecha relación, a nuestro entender, con su propia figura mosaica, que permitió el éxodo de psiquiatras hacia un nuevo y fértil campo.

Con cierta sorpresa y entusiasmo, encontramos en Jones una fantasía análoga a la nuestra, cuando dice: [...] Jung habría de ser el Josué a quien el destino señalaba para explorar 15 tierra prometida de la psiquiatría, que a Freud, como a Moisés, sólo le fue permitido divisar desde lejos. Esta manifestación de Freud, que dicho sea de paso años más tarde se haría muy evidente, resulta interesante..."

Para realizar nuestro trabajo, la curiosidad nos llevó a examinar, además de la biografía escrita por Jones:

Tótem y tabú - 1913

Historias del psicoanálisis - 1914

Psicología de las masas - 1921

Autobiografía - 1925

Futuro de una ilusión - 1927

Malestar en la cultura - 1930

Moisés y la religión monoteísta - 1937.

En estas obras es posible vislumbrar, aquí y allá, acompañadas de un sutil análisis, preocupaciones relacionadas con fenómenos tales como el nacimiento de ideas reformistas, las características de un líder renovador y sus relaciones con el grupo, el proceso de maduración de una sociedad. Son reflexiones subrayadas, de vez en cuando, por un tono amargo, sin perjuicio de la actitud realista del sabio que, además de descubrir y conocer la intimidad de los seres humanos y 'la suya propia, debió enfrentar, con el correr de los años, su propia neurosis, una grave enfermedad, el envejecimiento y, en consecuencia, la proximidad de la muerte.

Freud como líder

Freud contaba sus sueños a Jung y a Ferenczi y el contenido dominante era la ansiedad en relación con sus hijos y con el psicoanálisis. Jones señala: "Nosotros seríamos los tutores de ese hijo" y más adelante dice: "Era natural que su actitud hacia nosotros fuese más la de un padre que la de un compañero de nuestra edad".

Es curioso el nexo temporal entre las rupturas con Adler (1911), con Stekel (1912) y con Jung (1914) y su trabajo “Tótem y tabú”, que terminó de escribir en 1913. El clima emocional del grupo psicoanalítico de aquel entonces era análogo al de la horda primitiva y no fue por azar que Jones tuvo, en 1912, la idea de crear el comité, al cual volveremos a referirnos. En “Tótem y tabú”, por ejemplo, Freud se detiene en la envidia de los súbditos por el rey o jefe, razón por la cual muchos desearían llegar a su puesto. El tabú de un rey es muy fuerte, pues la diferencia social es inmensa. Se hace necesaria, por lo tanto, la actuación mediadora de ministros, que protegen al rey de la envidia de su pueblo, e impiden que las fuerzas del soberano molesten a la masa. Se percibe ahora, además, la necesidad de las reuniones sistemáticas con la presencia de todos y cuyos vestigios vemos en los congresos siempre clausurados con el festín totémico.

Jones intuyó la importancia de crear el **comité**, como una forma de integración y éste conservó ciertas características de sociedad secreta, amén de superponerse, en determinados aspectos, al grupo de levitas a través de los cuales Moisés se relacionaba con los judíos. Ese papel mediador sobrevive en los analistas (supervisores, profesores de seminarios y otros), entre los candidatos y sus propios analistas.

La figura de Freud fue sin duda, por su valor, un auténtico tabú, resistiendo los impactos de la envidia de innumerables seguidores. Sin embargo, esto tuvo un precio, y es él mismo quien dice, refiriéndose a la vida impuesta al rey: “Tales prescripciones, lejos de ser benéficas y agradables, le privan de toda libertad y pretendiendo proteger su vida, hacen de ella una carga y una tortura.” El tono de lamentación parece acentuar-se más adelante: “Transforman su vida en un infierno, convirtiéndola en una carga insoportable”, además de una “servidumbre mucho más gravosa que la de sus súbditos”.

Toda su preocupación en el sentido de analizar el sacrificio del padre de la horda primitiva revela sus temores con respecto a su relación con los psicoanalistas.

La organización del comité, que duró 15 años, tuvo un papel importante en la historia del psicoanálisis y parece haber sellado la formación de una fraternidad. Vale la pena decir algo a propósito del comité, constituido por “elementos de la vieja guardia”, según Jones, y de la confianza de Freud, como también lo sugiere Jones. Formaban parte de él Jones, Abraham, Rarik y Ferenczi. Un poco más tarde se le incorporaron Sachs y Eitington. Conviene señalar que cada uno de los integrantes, inclusive Freud, usaba un anillo con un camafeo griego engarzado —regalo del propio Freud— y que originariamente se denominaba el “Círculo del anillo”. El comité no desempeñó solamente un papel levítico o de ministerio; a veces se asemejaba a la guardia pretoriana que protegía al emperador romano.

“Psicología de las masas” fue entregada al público en 1921 y, a partir de entonces, surgieron grandes problemas en la evolución del movimiento psicoanalítico en general y, en particular, dentro del comité. En 1921 y 1922 se preocupaba por los analistas silvestres, a quienes la prensa tildaba de charlatanes y destacaba el indecoroso comportamiento de los mismos con sus pacientes. Estos y otros hechos colocaban a Freud frente a su grupo como a Moisés ante los judíos que adoraban el becerro de oro; no obstante, fue, sin duda alguna, mucho más afectado por las orientaciones que tomaron las disidentes, por motivos emocionales; como posteriormente pudo comprobar. Freud

veía en tales dicotomías, no un enriquecimiento de sus ideas originales, sino un menosprecio de sus concepciones teóricas.

El enfoque de Freud de las masas artificiales, el ejército y la iglesia, desde el punto de mira en que nos situamos, permitía ver cómo fantaseaba abarcar a su grupo dentro de este esquema y que en él esperaba encontrar soluciones para la disgregación temida. “Psicología de las masas” llega incluso a tener un tono profético puesto que en los años que siguieron a su publicación, el comité atravesó varias crisis.

Freud, que rastreó en el hombre el mito de Edipo, se identificaba con el héroe tebano. El descifrador de los enigmas del inconsciente temía la disgregación de la familia psicoanalítica por los celos, rivalidades y envidia de sus hijos simbólicos.

De no ser por las actitudes enérgicas de Abraham y la gran capacidad conciliatoria de Jones, tal vez Freud hubiese continuado ciego a ciertas maniobras de Bank y Ferenczi en la política del psicoanálisis y en las bases doctrinarias de la misma.

El “Futuro de una ilusión” fue impreso en 1927, precisamente en el año en que se disolvió el comité. A esta altura, la figura de Bank va no era idealizada. Dos años antes Freud se refirió a él tildándolo de **marauder**, que en la jerga militar austriaca significaba “soldado que cayó en la marcha”. Si retrocedemos tres años a la publicación de este libro, encontraremos una carta de Freud en la cual intenta reagrupar el comité, pero termina diciendo, desolado: “Cabe esperar que el psicoanálisis me sobreviva, aunque de todos modos es éste un final sombrío para mi vida”. En el mismo año 1927, en una carta a Jones, Freud se mostraba escéptico en cuanto a las conclusiones de Melanie Klein y dejaba traslucir cierta decepción con respecto a la Sociedad Británica, como si ella estuviese desprestigiando a Anna Freud en el campo del análisis de niños.

En “Futuro de una ilusión” Freud analiza una serie de aspectos de las verdades religiosas, estudiando paralelamente la fe científica. Es evidente también su inquietud sobre el futuro de una realidad: el psicoanálisis. Vuelve a hacerse sentir una vez más, la importancia que confiere al papel del líder: “Todo marchará bien mientras tales conductores sean personas que posean un profundo conocimiento de las necesidades de la vida”. No obstante, luego advierte: “Existe el peligro de que, para conservar su influencia, hagan a las masas mayores concesiones que éstas a ellos; por lo tanto parece necesario que la posesión de los medios del poder los haga independientes de la colectividad”. Entre los peligros de las instituciones culturales destacaba Freud la “ineficacia de los argumentos contra las pasiones”:

Si por un lado Freud, como contenido manifiesto, demostraba que el psicoanálisis como ciencia no era una doctrina religiosa y era no obstante algo destinado a alimentar ilusiones, por el otro ha de haber sentido que tal vez fuese procedente dar al grupo psicoanalítico normas y organización análogos a los impuestos por la religión. Ello, porque tenía, por sus estudios anteriores, la experiencia de que cualquier institución — grupo de personas que se reúnen con una finalidad— sólo podía ser mantenida por medio de códigos y leyes explícitos e implícitos. Al enfocar las masas incultas y explotadas, se interrogaba con respecto al peligro de que, al civilizarlas, se lanzaran contra los puntos vulnerables de sus amos. Freud como Moisés, abrió los ojos de sus grupos, pero luego se hizo necesaria la creación de leyes rigurosas para contenerlos y

hacerlos progresar. Queda más clara aún la identidad que quiso conferir al grupo psicoanalítico con el grupo judaico, aferrado a sus tradiciones. ¿Qué esperaba Freud de sus seguidores? Dice en “Futuro de una ilusión”:

“Nuevas generaciones, educadas en el amor y en la más alta estima del pensamiento, que hayan experimentado desde muy temprano los beneficios de la cultura, adoptarán también una actitud diferente frente a la misma, considerándola como su más precioso patrimonio y estarán dispuestas a hacer todos los sacrificios necesarios para su perpetuación”. Para ello postulaba que se debería tener presente lo siguiente: “Cada individuo es virtualmente un enemigo de la cultura”, que tiene que ser defendida “contra las tendencias hostiles del hombre”.

“Malestar en la cultura” llegó al público en 1930, cuando a Freud le quedaban nueve años de vida. Aquí aborda los obstáculos al logro de la felicidad, aunque merecen especial relevancia la caducidad de nuestro propio cuerpo y la dificultad de la comunicación entre los seres huma— nos. A esa altura de su vida tales eran, sin duda, los problemas cruciales de Freud en relación consigo mismo y con el movimiento psicoanalítico. A pesar de que se percibe la importancia del hecho de que el líder, a causa de su grave dolencia, está condenado a la decadencia y el aniquilamiento, Freud insiste en mostrar como la fuente más dolorosa del sufrimiento la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones de las personas en los grupos sociales. En esta obra Freud continúa poniendo de relieve las ventajas de la formación de las alianzas fraternas, como un paso decisivo en la historia de la vida grupal. Al mismo tiempo, vuelve a criticar el marxismo, camino por el cual se orientaron Reich, Horney y Fromm. En “Malestar en la cultura” Freud se detiene asimismo a estudiar las comunidades vecinas y estrechamente emparentadas, que son precisamente las que más se combaten entre sí o se desdeñan mutuamente, como ocurre, por ejemplo, entre ingleses y escoceses, portugueses y españoles, etc. Denominé a este fenómeno “narcisismo de las pequeñas diferencias”, del cual nace la necesidad de tener un grupo en el cual “descargar los golpes”, aunque subrayaba que esa denominación no era suficiente para explicar el fenómeno. Esto constituye la base de las rivalidades entre las asociaciones psicoanalíticas y entre las corrientes que se desarrollaron. El pertenecer a tal o cual escuela, el haber psicoanalizado por este o aquel analista, llega a tener una connotación totémica primitiva. Dentro de la sociedad secreta se forman sub-grupos — cuyo punto de apoyo es la búsqueda de la verdad— grupos que se comportan como si estuviesen en posesión de la llave que abre la verdad última y consideran a los otros como trabas al encuentro o consecución de la misma.

Como hemos dicho, “Moisés y la religión monoteísta”, publicado dos años antes de su fallecimiento, constituye, por su contenido latente, un verdadero autorretrato. Vemos a Moisés partiendo del monotismo de Iknaton y desarrollando y congregando un grupo en torno de una doctrina. He aquí al propio Freud valiéndose del lastre cultural de su época y apoyándose inicialmente en el descubrimiento de Breuer. Desarrollé sus teorías y eligió a sus seguidores, expresándose sobre este hecho de la siguiente manera, al referirse a Moisés: “Es impresionante” la concepción de un dios que, de pronto, “elige a un pueblo”, haciendo de él “su pueblo y creando la loica de **pueblo elegido**”, hecho que hasta hoy perdura en las sociedades psicoanalíticas que eligen sus miembros y candidatos.

Vemos la descripción de un Moisés poseedor de ‘decisión de pensamiento, fuerza

de voluntad, pujanza en la acción”, así como “autonomía e independencia”, y que tenía a veces accesos de cólera. Tal descripción correspondería también a Freud que no ocultaba el hecho de ser colérico y agresivo. Freud dice en su biografía que poseía “cierta independencia mental”, que no formaba fila con la “masa compacta”. Jones lo describe como talentoso., seguro de sí mismo, investigador infatigable. Freud confirmaba que “la convicción del éxito generalmente induce al éxito”, afirmación ésta que se acerca mucho a aquella otra, que figura en su descripción de Moisés, el cual “debía ser muy consciente de sus grandes habilidades, ambición y energía: tal vez él mismo se viese en el futuro como un líder, un gobernante”.

Las características antes descritas pueden llevar a un joven renovador a actitudes de liderazgo despótico, con las consecuencias bien conocidas en los movimientos grupales y vivenciadas de manera muy dolorosa por el propio líder, como aconteció en la historia del movimiento psicoanalítico. Pero ciertos aspectos de la personalidad de Freud aliados a la experiencia y al saber, como acontece con el personaje central de ‘Frutillas silvestres’, le permitieron, con el correr de los años, transformarse en el patriarca auténtico: sabio, justo y bueno.

“Moisés y el monoteísmo” es un libro de autocrítica, síntesis y culminación de una vida. Al vislumbrar todas las dificultades de su posición de creador de una teoría, de divulgador y conductor de un grupo parece haber comprendido, de manera sumamente clara, las alternancias y, a veces, las concomitancias de las posiciones masculinas y femeninas que tuvo que adoptar. Al mismo tiempo, como suele acontecer, era también considerado por el grupo ora como padre, era como madre. Este insight le permitió entonces, en esta obra, escribir las vicisitudes del movimiento psicoanalítico que, como un niño, nace ligado al se no materno y que progresa cambiando “madre por padre”; “pues la maternidad se demuestra por medio de los sentidos, mientras que la paternidad está basada en una deducción y una promesa”.

Conclusiones

Mauricio Abadi en “Las sociedades, secretas. Aproximación a su esclarecimiento” (Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1959, vol. XVI, Nº 3) enfoca aspectos interesantes de tales grupos, dilucidando problemas cuyas soluciones no son del todo eficientes en la creación y el desarrollo de las sociedades psicoanalíticas. Las fantasías colectivas reeditan las vicisitudes de las hordas humanas prehistóricas y están centradas en puntos mencionados por Freud: el asesinato del padre, despedazado y devorado por los hijos, el pesar y la nostalgia por su retorno, la formación de la alianza fraterna, la aparición del héroe, la emergencia del macho cabrío expiatorio, el par antagónico endogamia-exogamia, la recuperación del padre destruido y los primeros tabúes, como primeras leyes.

Destaca asimismo Abadi el carácter esquizoparanoide de la disociación “dentro y fuera”. No se trata lógicamente de una disociación absoluta, por cuanto los dos espacios se comunican; sin embargo, las sociedades psicoanalíticas necesitan mantener líneas de demarcación, delimitando analista y analizando, analizado y no analizado, etc.

A Freud le preocupa ya la **profunda regresión** a que se refiere Abadi, expresada en la organización severa autocrática, rígida y superyoica perseguidora. Tal regresión

exige además una acentuada sumisión masoquista (seguida de rebeliones explosivas). Dicha sumisión consta de compromisos análogos a juramentos, rituales de iniciación y purificación, amén del despiadado castigo a quienes violan las normas del grupo.

R. Greenson, en el pre-congreso de didactas realizado durante el 24º Congreso Internacional de Psicoanálisis en Amsterdam, en 1965, puso de relieve que la permanencia hasta hoy del líder autocrático genera necesariamente la rebeldía o la sumisión ciega, ambas improductivas para el progreso del movimiento psicoanalítico.

Las sociedades psicoanalíticas están evolucionando, de las características de la horda primitiva, a las de una sociedad científica cada vez más madura, a medida que se atenúan en el grupo los mecanismos de disociación, negación, omnipotencia e idealización. En suma, esto ocurre a medida que sus integrantes dejan de ser niños y llegan a aceptar libre y racionalmente —y no por imposición— las normas que orientan y consolidan las instituciones culturales.

Freud luchó tenazmente, lidiando con los grupos psicoanalíticos en formación, así como estudiando a fondo los fenómenos colectivos, procurando acompañar el movimiento de los grupos para encontrar formas de elaboración que permitiesen mantener las instituciones apoyadas en normas y preceptos y que pudiesen al mismo tiempo emanar del liderazgo y ser aceptadas por los adeptos. La conclusión es fácil de comprender pero difícil de aplicar y se resumiría en la frase: ambos necesitan crecer, para relacionarse como adultos.

El análisis individual interminable y la comprensión de los fenómenos grupales serán los medios por excelencia para liberar la libido que, en última instancia, en virtud de su función creadora, debe guiar el progreso de las sociedades.

De todo ello resultó un saldo positivo, que hoy vemos: el psicoanálisis sobrevive y, día a día, los psicoanalistas descubren los medios no sólo para convivir en forma más armónica, sino también para aliviar el sufrimiento humano.